

EL REGRESO DEL NATIVO

THOMAS HARDY



El mundo novelesco de Hardy se desenvuelve en el territorio que él llama Wessex y que es su Dorsetshire natal, un mundo sombrío, pelado, medio inhóspito, que en *El regreso del nativo* se convierte en el verdadero protagonista de la obra. El peso de la naturaleza sobre las vidas y costumbres de los habitantes de esa «vasta extensión de ilimitado erial conocida con el nombre de Egdon Heath» es omnipresente en la novela. En los páramos la gente vive en casas aisladas, algo parecido a los caseríos, y el continuo caminar de unos y de otros por sendas o a campo abierto, entre brezales y aulaga, es un *leitmotiv* que, además, tendrá un papel decisivo en el curso dramático de la historia (en sus siguientes grandes novelas, la presencia de la naturaleza quedará más atenuada).

El personaje central Clym Yeobright es un hombre que «había llegado a esa etapa de la vida de un joven en que se le hace evidente por primera vez cuán desoladora es la condición humana general». Clym, hijo del lugar, regresa de París, donde ha obtenido una posición estable, asqueado de la vida mundana y deseoso de reintegrarse a su lugar de origen con la intención de dedicar su vida a los demás como enseñante, su proyecto es montar una escuela. Esta actitud consterna a su madre, que no quiere que se empequeñezca y eso es lo que le sucederá. Los «errores trágicos» empiezan a acumularse en él y alrededor de él en forma de matrimonios equivocados y de ahí surgen una serie de personajes afectados por el conflicto y otra serie de secundarios, los habitantes del lugar, también parte de la misma naturaleza, contemplados con el benigno y apenas insinuado humor basado en el pintoresquismo de las viejas costumbres.

A su lado dos personajes femeninos, la madre y, aún más, su esposa Eustacia. A diferencia de Clym, y sus sólidas determinaciones, las mujeres —y, sobre todo, Eustacia— pre-

sentan una ambigüedad que carga de pasión y sentido la obra. Eustacia reúne cualidades y defectos que se tensan al límite en una situación que, guiada por el ciego azar, por el destino trágico, acaban propiciando el desastre. Sin embargo, la posición de Hardy aún no se precipita en el pesimismo que vendrá en obras posteriores.

Prefacio

La fecha en que supuestamente tuvieron lugar los sucesos que se narran a continuación puede situarse entre 1840 y 1850, cuando el antiguo balneario al que se ha dado aquí el nombre de Budmouth aún conservaba un aura suficiente de la alegría y el prestigio de que gozara durante la época georgiana como para inspirar una fascinante atracción en el alma romántica e imaginativa de un solitario habitante del interior del país.

Bajo el nombre genérico de Egdon Heath, que se ha dado al sombrío escenario donde se desarrolla esta historia, se reúnen o tipifican varios páramos reales, cuyo número llega al menos a una docena; páramos que eran virtualmente uno sólo por su carácter y su aspecto, aun cuando su original unidad, o unidad parcial, se vea ahora algo disminuida por franjas y trechos sometidos al efecto del arado con diversos grados de éxito, o sembrados de árboles maderables.

Resulta agradable imaginar que algún punto del extenso territorio cuya porción sudoeste se describe aquí, pueda haber sido el páramo de Lear, el legendario rey de Wessex.

Julio de 1895

*Dije adiós a las penas
Y a las condenas
Y creí que por fin me dejaban;
Pero radiantes, radiantes,
Me aman como antes;
Y tan fielmente me amaban
Que quise engañarlas,
Quise abandonarlas,
Pero ¡ah!; tan fielmente me amaban.*

LIBRO PRIMERO. TRES MUJERES

1. Un rostro en el que el tiempo deja pocas huellas

Se aproximaba la hora del crepúsculo de un sábado de noviembre, y la vasta extensión de ilimitado erial conocida por el nombre de Egdon Heath se entenebrecía por momentos. Allá en lo alto, la cóncava extensión de nubes blanquecinas que cubría el cielo era como una tienda que tuviera por suelo todo el páramo.

Como el firmamento estaba revestido por ese pálido velo y la tierra por la más oscura vegetación, el punto en que ambos se encontraban en el horizonte quedaba claramente definido. Debido a ese contraste, el páramo había adoptado el aspecto de un adelanto de la noche que se hubiera apropiado del lugar antes de la llegada de su hora astronómica: la oscuridad se había adueñado en un alto grado de la tierra, mientras que el día perduraba distintamente en el cielo. De mirar a lo alto, un cortador de aulaga se habría sentido inclinado a seguir su trabajo; de mirar hacia abajo, habría decidido terminar con el haz que tenía entre las manos e irse a casa. Los distantes confines del mundo y del firmamento parecían ser una división del tiempo, además de una división de la materia. La superficie del páramo, por su solo aspecto, le añadía media hora a la tarde; de manera similar podía retrasar el alba, entristecer el mediodía, anticipar la fiereza de tormentas apenas constituidas e intensificar la opacidad de una medianoche sin luna hasta hacerla motivo de miedos y temblores.

En realidad, era precisamente en ese momento de transición en su revolución nocturna hacia las tinieblas que comenzaba a evidenciarse el grandioso y singular esplendor del yermo de Egdon, y no se podía afirmar de nadie que conocía el páramo si no había estado allí a esa hora. Cuando mejor se le sentía era cuando no se le podía ver con claridad, y su efecto y explicación plenos residían en esa hora y las siguientes hasta el amanecer del nuevo día; entonces, y sólo entonces, revelaba su verdadera historia. El lugar era, en realidad, pariente cercano de la noche, y cuando esta llegaba, era posible percibir en sus tonalidades y en el paisaje una obvia tendencia a gravitar el uno hacia la otra. La sombría extensión de elevaciones y hondonadas parecía alzarse en simpatía al encuentro de las tinieblas del crepúsculo, y el páramo exhalaba oscuridad con la misma rapidez que el cielo la despedía hacia la tierra. Y así, la oscuridad del aire y la oscuridad del suelo se fundían en una negra confraternización hacia la cual cada una avanzaba la mitad del trayecto.

En ese momento el lugar desbordaba una vigilante concentración; porque cuando otras cosas se hundían en el sueño, el páramo parecía despertar lentamente y empezar a prestar oído. Noche tras noche, su forma titánica daba la impresión de aguardar algo; pero había aguardado así, inmóvil, durante tantos siglos, en medio de las crisis de tantas cosas, que sólo era dable imaginar que esperaba una última crisis: el derrocamiento final.

Era un sitio que volvía a la memoria de quienes lo amaban con un aspecto de amable y peculiar congruencia. Los sonrientes valles de flores y frutas rara vez producen ese efecto, porque sólo guardan permanente armonía con una existencia de mejor fama que la presente en lo tocante a sus contenidos. El ocaso se combinaba con el paisaje de Egdon Heath para producir algo que era majestuoso sin ser severo, impresionante sin ser estridente, enfático en sus admoniciones, grandioso en su simplicidad. Las credenciales

que a menudo le otorgan a la fachada de una prisión mucha más dignidad que la que suele encontrarse en la fachada de un palacio del doble de sus dimensiones, le conferirían al páramo un aire sublime del que carecen totalmente lugares famosos por su belleza al uso. Las vistas hermosas hacen feliz pareja con los buenos tiempos; pero ¡ay si los tiempos no son buenos! Los hombres han sufrido más a menudo por la burla que constituye un lugar demasiado sonriente para su razón que por la opresión que causa un entorno teñido por una tristeza excesiva. El escuálido Egdon apelaba a un instinto más sutil y escaso, a una emoción aprendida más recientemente, que la que produce el tipo de belleza que se califica de bonita o encantadora.

La realidad es que cabe preguntarse si el imperio exclusivo de esa belleza ortodoxa no se acerca a su fin. Puede que el nuevo Valle de Tempe sea un mustio erial en Tule; puede que las almas de los seres humanos encuentren cada vez más armonía con objetos que exhiban una lobreguez que le resultaba desagradable a nuestra raza cuando era más joven. Parece acercarse el momento, si es que aún no ha llegado, en que la circumspecta excelsitud de un yermo, un mar o una montaña sea lo único de la naturaleza que guarde absoluta sintonía con los estados de ánimo de los miembros más pensantes de la humanidad. Y, por último, hasta para el más común de los turistas, sitios como Islandia se conviertan en lo que hoy representan para él los viñedos y los jardines de mirto del sur de Europa; y que pase junto a Heidelberg y Baden sin prestarles ninguna atención cuando se traslada apresurado de los Alpes a las dunas de arena de Scheveningen.

El asceta más exigente podía experimentar la sensación de que tenía un derecho ingénito a deambular por Egdon; no vulneraba el límite de la legítima indulgencia al permitirse influencias como esa. Colores y bellezas tan apagados eran, al menos, prerrogativa de todo ser viviente. Sólo en los días veraniegos más espléndidos el talante del lugar ro-

zaba el nivel de la alegría. Alcanzaba la intensidad con más frecuencia gracias a la solemnidad que a la brillantez, y a menudo lograba esa clase de intensidad en medio de las tinieblas, las tempestades y las nieblas invernales. Entonces Egdon despertaba y las correspondía, porque la tormenta era su amante y el viento su amigo. Entonces se convertía en refugio de extraños fantasmas; y se descubría que era el original, hasta ese momento no advertido, de las irracionales regiones de sombras que sentimos vagamente a nuestro alrededor en los sueños de huidas y desastres que nos asaltan a medianoche, en los que nunca pensamos terminado el sueño, hasta que una escena como esa los hace revivir.

En el momento que nos ocupa, el lugar guardaba perfecta correspondencia con la naturaleza humana: ni terrible, ni odioso, ni feo; ni común, ni carente de sentido, ni domesticado; pero, como el hombre, lastimado y perseverante; y además, singularmente colosal y misterioso en su parda monotonía. Como sucede con algunas personas que han vivido mucho tiempo solas, su rostro parecía exhibir una expresión de retraimiento. Tenía una faz esquiva que sugería posibilidades trágicas.

Esa región oscura, obsoleta, arcaica, figura en el registro del catastro realizado por Guillermo el Conquistador. Allí se describe su condición como la de un baldío ralo, cubierto de aulaga y zarzas, y se le da el nombre de Bruaria. A continuación se menciona su largo y su ancho medido en leguas; y aunque existe cierta incertidumbre acerca de la extensión exacta de esa antigua medida de longitud, parece ser que las dimensiones del área de Egdon han disminuido muy poco de entonces a nuestros días. «Turbaria Bruaria» —el derecho a recoger turba del páramo— aparece en los mapas del distrito. «Cubierto de brezos y musgo», dice Leland de esa misma oscura extensión de tierra.

Esos eran, al menos, datos inteligibles relativos al paisaje, pruebas importantes que producían una genuina satis-

facción. Egdon siempre había sido el sitio indomesticable, ismaelita, que era ahora. La civilización era su enemiga; y desde que apareciera en él la vegetación, su suelo había llevado el mismo viejo traje pardo, el atuendo natural e invariable de esa particular formación. Su único y venerable abrigo implicaba cierta burla a la vanidad humana que se despliega en el vestuario. Una persona ataviada con vestidos de corte y colores modernos exhibe en un páramo un aspecto más o menos anómalo. Parecen requerirse los más antiguos y modestos atavíos humanos allí donde los atavíos de la tierra son tan primitivos.

Reclinarse en el tocón de un espino del valle central de Egdon en un momento como ese, cuando la tarde se desliza hacia la noche, cuando el ojo no divisa nada del mundo exterior más allá de las cimas y los cerros del páramo, que llenan toda la órbita de su visión, y saber que todo lo que está en torno y bajo las propias plantas proviene de tiempos prehistóricos, que permanece tan inalterado como las estrellas en lo alto, le proporciona un ancla a la mente que flota a la deriva debido a las mudanzas y se ve agobiada por el irreprimible avance de lo Nuevo. El gran paraje intacto poseía una añeja invariabilidad que el mar no puede reivindicar. ¿Quién puede decir de un mar en particular que es viejo? Destilado por el sol, levantado por la luna, se renueva cada año, cada día o cada hora. El mar cambiaba, los campos cambiaban, los ríos, las aldeas y las personas cambiaban, pero Egdon permanecía inmutable. Sus superficies no eran ni tan empinadas como para que las derribaran los elementos ni tan planas como para ser víctimas de desbordamientos y aluviones. Salvo por un añoso camino y un todavía más añoso túmulo de los que pronto se hablará —casi cristalizados ambos hasta resultar productos naturales a causa de su prolongada inmutabilidad—, ni siquiera las irregularidades insignificantes habían sido causadas por el pico, el arado o la pala, sino que eran como las huellas del último trastorno geológico.

El camino antes mencionado atravesaba de un horizonte al otro los niveles inferiores del páramo. En muchas partes de su trayecto seguía la ruta de un camino vecinal que arrancaba de la gran carretera occidental de los romanos, la Vía Iceniana, o Ikenild, no muy lejana. En el atardecer que nos ocupa se habría podido apreciar que aunque las sombras habían aumentado lo suficiente como para desdibujar los accidentes menores del páramo, la superficie blanca del camino seguía siendo casi tan clara como siempre.

2. Aparece en escena La Humanidad, de la mano de los problemas

Un anciano recorría el camino. Su cabeza era blanca como una montaña, sus hombros caídos y su aspecto general desdibujado. Llevaba un lustroso sombrero de piel, una vieja capa marinera y zapatos; en la superficie de sus botones de metal había estampada un ancla. En la mano tenía un bastón con puño de plata que empleaba como una auténtica tercera pierna, ya que apoyaba su punta en el suelo con perseverancia cada pocas pulgadas. Se habría dicho que en sus buenos tiempos el anciano debía haber sido un oficial de marina.

Ante él se extendía el largo y penoso camino reseco, vacío y blanco. Estaba abierto al páramo a ambos lados; su trayectoria era la bisectriz de esa vasta superficie oscura, como una raya en medio de una cabellera negra, y sólo en el horizonte más lejano empequeñecía y se perdía en una curva.

El anciano miraba al frente con frecuencia para calcular el trayecto que le quedaba por recorrer. Al cabo distinguió, allá a lo lejos, un punto en movimiento que parecía ser un vehículo, y que resultó andar por la misma ruta en que viajaba. Era el único átomo de vida que encerraba el paisaje, y sólo servía para poner más en evidencia la soledad general. Su ritmo de avance era lento, y el anciano acortó sensiblemente la distancia que los separaba.

Cuando se acercó, percibió que se trataba de un carro de forma corriente^[1], pero de color singular, ya que era de

un rojo chillón. El conductor caminaba a su lado y, como el carro, era completamente rojo. Un tinte del mismo tono cubría sus ropas, la gorra que le cubría la cabeza, sus botas, su rostro y sus manos. No se trataba de que estuviera temporalmente pintado de ese color, sino de que este lo permeaba por entero.

El anciano sabía de quién se trataba. El viajero que marchaba junto al carro era un vendedor de almagre: su ocupación consistía en suministrarles a los granjeros el almagre para sus ovejas. Era el representante de un tipo humano que se encaminaba rápidamente a la desaparición en Wessex, y que llenaba en el mundo rural, en esa época, el nicho que ocupara el dodo en el mundo animal durante el pasado siglo. Era un curioso eslabón, interesante y casi extinguido, entre formas de vida obsoletas y las que imperan en la actualidad.

El oficial venido a menos se acercó lentamente a su compañero de ruta y le deseó buenas tardes. El vendedor de almagre volvió la cabeza y le contestó en tono triste y apurado. Era joven, y su rostro, si no exactamente atractivo, se acercaba tanto a esa condición que nadie habría contradicho la afirmación de que lo habría sido realmente de exhibir su color natural. Sus ojos, que brillaban de manera tan extraña a través del tinte, resultaban atrayentes: agudos como los de un ave de presa y azules como la niebla otoñal. No llevaba patillas ni bigote, lo que permitía que se pudieran apreciar las suaves curvas de la porción inferior de su rostro. Sus labios eran finos, y aunque, al parecer, sus pensamientos hacían que los mantuviera apretadamente cerrados, de vez en cuando en sus comisuras aparecía un agradable mohín. Vestía un traje muy ajustado de corduroy, de excelente calidad y poco uso, y bien seleccionado para su propósito, pero privado de su color original por su ocupación. El traje mostraba ventajosamente las buenas formas de su figura. Un cierto aire de holgura sugería que no era pobre para su oficio. Un observador, llevado de una natural

curiosidad, se habría preguntado qué podía haber conducido a un individuo tan promisorio a ocultar su atractivo aspecto adoptando tan singular oficio.

Tras responder al saludo del anciano, el vendedor de almagre no dio muestras de mayor inclinación a continuar la charla, aunque siguieron caminando lado a lado, porque el viajero de más edad parecía desear compañía. No se escuchaban más sonidos que los bramidos del viento en la extensión de hierba quemada que los rodeaba, el crujido de las ruedas, las pisadas de los hombres y el paso de los dos peludos caballitos que tiraban del carro. Eran animales fuertes, de poca alzada, de una raza producto de la mezcla de Galloway y Exmoor, a los que se conocía en el lugar como «segadores del páramo».

Mientras caminaban, el vendedor de almagre se apartaba de vez en cuando de su compañero y, tras dirigirse a la parte trasera del carro, miraba a su interior por una pequeña ventana. Su mirada siempre denotaba preocupación. Después regresaba junto al anciano, quien hacía otro comentario sobre el estado de la región o algo similar, a lo que el vendedor de almagre de nuevo respondía distraídamente, y volvían a quedar en silencio. El silencio no les resultaba incómodo a ninguno de los dos; en esos sitios apartados, los viajeros a menudo recorrían varias millas sin intercambiar palabra después de los primeros saludos; la contigüidad equivale a una conversación tácita allí donde, a diferencia de lo que ocurre en las ciudades, se puede poner fin a dicha contigüidad con la menor inclinación de cabeza, y donde no ponerle fin constituye, en sí mismo, un intercambio. Posiblemente los dos viajeros no habrían vuelto a hablar antes de separarse de no haber sido por las visitas del vendedor de almagre a su carro. Cuando regresó tras la quinta ojeada a su interior, el anciano dijo:

—¿Llevas algo ahí adentro además de tu carga?

—Sí.

—¿Alguien que necesita de tus cuidados?